

Martín Casariego

NADA

Nada es una novela absorbente, misteriosa, apasionada y algo delirante. Muy romántica, también, llena de lirismo y fuerza y, para mi gusto (no soy el primero en señalarlo, ni seré el último), y por todo ello, muy cercana a Cumbres borrascosas. Quizá no sea casualidad que ambas novelas estén escritas por una mujer.

En esta novela de iniciación, una joven de dieciocho años llega a Barcelona para empezar la carrera, llena de sueños e ilusiones. Pero nada más llegar, comprende que va a vivir una pesadilla: la pesadilla a la que dan vida los habitantes del piso familiar, sus tíos, su abuela, la criada. Ese mundo cerrado, pequeño, torturado y feo, es un microcosmos que no tiene ningún valor, en el que no hay nada, pero que a la vez, es como un reflejo del mundo, como un desarrollo de la famosa frase de Shakespeare, la vida es un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia y que nada significa. Algunas obras de Goya, las que anuncian el expresionismo, parecen encontrar aquí una continuación. De vez en cuando, sin embargo, en este mundo dominado por el hambre, la hipocresía, la violencia y la locura, hay espacio para la belleza serena, y la descripción del desnudo de Gloria hace pensar en La Venus del espejo de Velázquez.

Andrea se ve atrapada, en ese ambiente de locura, de pobreza y de violencia física y espiritual, de miseria moral y material, porque le atrae tanto como le repugna. Andrea es, sobre todo, un testigo. Ve lo que ocurre, presencia lo que le rodea, y apenas interviene. Más que pasarle cosas a ella, le pasan las que le pasan a otros. Los raros momentos de felicidad, por ejemplo, son aquellos en los que ve la de su amiga Ena y su novio. Ella misma es consciente de ello: "Unos seres nacen para vivir, otros para trabajar, otros para mirar la vida. Yo tenía un pequeño y ruin papel de espectadora. Imposible salirme de él. Imposible liberarme". Pero la espectadora, al narrar, se convierte en protagonista, y su espíritu se traslada a lo que ve, y lo deforma a su manera.

La novela es, como tantas grandes obras de la Literatura, un folletín, pero un folletín que te lleva no por -o no sólo por- las vicisitudes de sus protagonistas, sino sobre todo por la escritura misma. La prosa de Carmen Laforet te arrastra por su ímpetu, por su brío, por sus descripciones. Por ejemplo, así llora Andrea: "Empezó a temblarme el mundo detrás de una bonita niebla gris que el sol irisaba a segundos. Mi cara sedienta recogía con placer aquel llanto. Mis dedos lo secaban con rabia".

La joven Andrea piensa que no se lleva nada del piso de Aribau, pero Carmen Laforet -jovencísima también, aunque no tanto como su protagonista- sabía que nada puede ser mucho. Y esa impresión es la que le queda a uno cuando termina de leer esta novela extraña y misteriosa.

Martín Casariego agosto 2006